

SI SIEMPRE HACES LO QUE SIEMPRE HAS HECHO: UNA REFLEXIÓN SOBRE LIDERAZGO PASTORAL

Rev. Pablo A. Jiménez, D.Min.*

Pastor y Profesor del Seminario Wesley en Indiana Wesleyan University

"Si siempre haces lo que siempre has hecho siempre obtendrás lo que siempre has obtenido", dice el dicho. En realidad, no sabemos quién lo dijo por primera vez. Se le atribuye a varias personas, como Henry Ford y Albert Einstein. Sin embargo, aunque no tengamos claro el origen de este aforismo, podemos apreciar la verdad que encierra.

Los seres humanos desarrollamos hábitos, patrones de conducta que una vez establecidos son sumamente difíciles de cambiar. Todos nosotros cometemos con regularidad errores motivados por la costumbre: cómo pedir el almuerzo de siempre cuando habíamos pensado comer otra cosa, tomar la ruta acostumbrada cuando teníamos la intención de ir por otro camino, o parar a casa de un familiar cercano cuando la realidad deseábamos ir a otro lugar.

Los hábitos, una vez se fijan en nuestra mente y nuestro corazón, son muy difíciles de romper.

Las iglesias, como todas las demás instituciones, también desarrollan hábitos. La diferencia es que son hábitos organizacionales.

En parte, el desarrollo de hábitos organizacionales es positivo. Sería muy confuso para la congregación encontrar un orden de culto radicalmente distinto todas las semanas. Y nadie que iría a una iglesia que cambiara el horario mensualmente. Deseamos que haya una rutina agradable, a la cual podamos adaptarnos con facilidad, pero lo suficientemente flexible para permitirnos explorar nuevas ideas.

Ahora bien, Las iglesias también pueden desarrollar hábitos organizacionales negativos. Me refiero a prácticas que no abonan a la vida comunitaria ni llevan a nadie a los pies de Cristo. Son sencillamente hábitos que, por fuerza de la costumbre, se convierten en pesadas cargas para la comunidad de fe. Esos hábitos anquilosados, lastres de un pasado que jamás volverá, se convierten en obstáculos para el crecimiento espiritual de la congregación. Lo que es más, estas prácticas negativas pueden llegar a causar la muerte de una congregación.

Debe quedar claro que ninguno de los buenos hermanos que asisten a congregaciones en crisis desean la destrucción de sus iglesias locales. Si se aferran a programas que ya no funcionan, lo hacen con la esperanza de ver un cambio positivo en la vida de la Iglesia. Su razonamiento tiene cierta lógica: piensan que si algo fue efectivo en el pasado, todavía debe ser efectivo.

El problema es que el pasado es precisamente eso: pasado. Hoy vivimos en un mundo muy distinto, cuyas características muy bien pueden chocar con esas prácticas que ayer fueron efectivas.

Por esta razón, la única alternativa que tenemos es desarrollar nuevos programas para la iglesia, experimentando con nuevos estilos y poniendo en práctica técnicas novedosas. Si en medio de la crisis nos limitamos a seguir haciendo lo mismo que siempre hemos hecho y de la misma manera como siempre lo hemos hecho, aseguramos el estancamiento de la iglesia local.

Años atrás, propuse un cambio radical a nuestro programa de Escuela Bíblica de Verano (EBV) para la niñez. Sugerí que lleváramos acabo la actividad de noche, suspendiendo el servicio de oración congregacional durante esa semana. Como este esperar, hubo gran resistencia al cambio. Sin embargo, la EBV fue un rotundo éxito, pues no sólo aumentó el número de niños y niñas que se matricularon en el evento, sino que aumentó el número de personas dispuestas a trabajar voluntariamente en la actividad. Este logro se obtuvo gracias a la disposición de la iglesia a cambiar un hábito organizacional que por décadas había dictado la celebración de la escuela bíblica de verano en la mañana. Eso nos permitió pasar de servir a 42 conferines con solo 6 voluntarios, a servir a más de 100 conferines con 45 personas voluntarias.

Si deseamos crecer, debemos estar dispuestos a cambiar. Si deseamos salir de la crisis, es necesario que abandonemos las prácticas que nos han llevado a la crisis. Si deseamos ver el futuro con esperanza, debemos estar en la disposición de escuchar las palabras de Jesús: “Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar” (Marcos 2.22).

***Pablo A. Jiménez** es pastor, escritor, educador y conferenciante. Para ver algunos de sus muchos escritos, vídeos y audios, visite www.drpablojimenez.com.